

Autor: Abilio Ayuso

EL ALMACÉN

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Si la vida te da limones...
hazte una limonada, la flexibilidad es
aún más importante que la resistencia.

+14

Morgan era feliz a su manera, regentaba un enorme almacén que había heredado, donde la gente guardaba los trastos que no iban a necesitar durante años, los muebles de la abuela que no querían tirar, un piano de cola, aquella lancha que de momento no podrían usar, coches, autocaravanas, Etc....

Allí no había problemas de espacio porque estaba situado en un terreno inmenso en mitad de la nada, no era un negocio como para hacerse rico, pero le daba para vivir decentemente.

Cuando uno de los trasteros se declaraba abandonado, según la ley debía subastarlo, normalmente acudían cuatro buitres que se repartían el pastel y pagaban un precio irrisorio, pero a Morgan no le importaba porque como experto cerrajero que era, la noche anterior, cuando el negocio estaba cerrado, abría cuidadosamente los candados que al día siguiente serían cortados y realizaba un detallado inventario apropiándose de cualquier objeto valioso que luego revendía dinero en mano, lo cual no le producía el menor remordimiento de conciencia ya que según se decía a sí mismo: “Para que se lo queden esos mafiosos por cuatro dólares en una subasta amañada... Mejor me lo quedo yo”.

Su vivienda estaba situada pared con pared junto al inmenso almacén lo cual era una ventaja, además una de las normas que tenía es que no garantizaba atención al público sin cita previa telefónica, si alguien acudía por las buenas y le encontraba... Pues bien, y sino... Pues que hubiera llamado antes, eso le permitía llevar el negocio él sólo.

Si un día decidía irse a pescar lo hacía y listo, al volver comprobaba el contestador del teléfono, si había una llamada la devolvía, actualizaba su agenda y a otra cosa. En ocasiones podían pasar varios días sin que se acercara nadie porque lo suyo eran depósitos a largo plazo.

Le acompañaban sus tres perros, animales inteligentes que sabían avisarle sin armar escándalo si algún sospechoso merodeaba, de todas formas, no acostumbraba a tener problemas ya que todo el mundo sabía que era un veterano de los cuerpos de élite del ejército, tirador de primera muy bien armado, y eso causaba respeto.

Antiguo combatiente de Vietnam, al regresar encontró a su mujer con otro hombre, se aguantó las ganas de retorcerles el pescuezo a los dos, lo que para él hubiera resultado sencillo, se divorció y se retiró a continuar con el negocio de su tío que había contraído una enfermedad terminal.

La población más cercana era un pequeño pueblo provinciano situado a siete kilómetros de distancia y lo único que había cerca era un tugurio en el cruce de carreteras donde dos muchachas servían comidas y bebidas a su aire, era el único lugar en muchos kilómetros dónde poder tomar una cerveza o un plato de comida caliente, mezcla de restaurante, barucho y pub, era punto de encuentro de camioneros, agricultores y granjeros.

Las dos chicas tenían fama de alegres y simpáticas, lo cual hacía que tuvieran más clientela que si dos tiparracas estiradas se hubieran limitado a servir bebidas, eran dos prostitutas jóvenes, cansadas de huir de los proxenetas de la gran ciudad, que con el dinero ahorrado habían comprado aquella casona perdida, allí nadie sabía a qué se dedicaban antes, lo cual les permitía alejarse de su oscuro pasado.

Para Morgan aquello era su segundo hogar, algunos clientes habituales de su almacén probaban antes a localizarlo allí que en su propio negocio. Las chicas siempre tenían una pequeña mesa para él en un rincón discreto con el letrero de reservada y un buen plato de la mejor comida que sólo le cobraban a precio estándar y él, como buen manitas que era, siempre les echaba una mano si algo se estropeaba.

Incluso sus tres perros sabían cuál era su lugar en el local, sólo llegar ocupaban una manta bajo un tablero detrás de la barra y si algún patoso o borracho había intentado invadir aquel espacio se había tenido que retirar ante la vista de tres morros arrugados que mostraban unos dientes muy afilados.

Era un lugar casero, donde no era necesario guardar etiqueta alguna y en aquella zona aburrida, lejos de todo y de mayoría conservadora resultaba un oasis donde muchos campesinos podían relajarse un rato, beber cerveza y olvidarse de la dureza de la jornada antes de llegar a sus hogares, donde posiblemente no podrían hacer ninguna de aquellas cosas.

Pero a veces el exceso de éxito es la primera piedra de la ruina y eso es lo que les sucedió a las pobres muchachas cuando el reverendo fijó su atención en ellas.

El pastor de la congregación era un personaje siniestro, mezcla de inquisidor e iluminado que tenía sometida a casi toda la población femenina del lugar, principalmente a las más maduritas, muchas jóvenes emigraban a otros lugares para huir de aquel ambiente fanático religioso.

Proclamaba aquel energúmeno que todo el que no observara la más estricta castidad estaba condenado a las llamas del infierno, según él incluso las relaciones dentro del santo matrimonio debían tener la procreación como única finalidad y estar exentas de todo morbo y lascivia produciéndose en completa oscuridad y quitándose solamente las prendas indispensables para realizar el coito.

Tenía hipnotizadas con su discurso a la mayoría de las mujeres y la que no lo estaba lo fingía para no ser señalada como pecadora, asimismo se había ganado la enemistad de la mayoría de hombres del lugar, aunque nadie osara admitirlo abiertamente.

Comenzó el individuo por convencer a unas cuantas de las santurronas de su diócesis de que aquel bar era un antro de perdición regido por Satanás, le ayudó el hecho de que a ellas les molestaba que sus maridos pasaran antes por la taberna que por el

domicilio con lo cual empezaron a realizar campaña alegando que aquel lugar era un centro de prostitución encubierta.

Aunque el sheriff sabía muy bien que aquello no era cierto, porque él mismo era en ocasiones cliente del local, acabó cediendo a las presiones por cobardía ya que las elecciones estaban cerca y aquellas mujeres sabían hacerse oír ayudadas por aquel pastor carca.

Dicho y hecho, escogió una mañana en que no había público para minimizar el escándalo, se presentó con premeditación y alevosía acompañado de sus ayudantes y precintó el local dejando a las pobres muchachas fuera de su trabajo y su hogar.

Cuando se hartaron de llorar no se les ocurrió otra cosa que acercarse al almacén, el único lugar habitado en unos cuantos kilómetros a la redonda y explicarle a Morgan lo ocurrido.

Pasado el primer momento de rabia les dijo: “Hay que ser astutos y obrar con la cabeza fría, esta noche nos acercaremos con mi camioneta y sacaremos por la puerta trasera lo más necesario, vuestros efectos personales”.

“Pero nos han puesto candados en todas las puertas”.

“Que risa, candados a mí que soy el rey de los candados, mañana interpondréis una demanda en el juzgado”.

“¿Qué dices?, si el juez del condado está a la derecha de Genghis Khan”.

“No importa, es una formalidad, os alquilaré una casita que tengo al final del terreno y os quedaréis a la espera del juicio, no es un palacio, pero de momento sirve”.

“¿Y luego qué?”.

“El día de la fiesta de los ganaderos, el sheriff y sus ayudantes estarán muy ocupados, reventaremos los portones de atrás y vaciaremos el local, mesas, sillas, lámparas, no quedarán más que las cuatro paredes”.

“Pero nos acusarán...”.

“Al contrario... acusaremos de que al enterarse de que la propiedad estaba vacía y sin vigilancia los ladrones han aprovechado para saquearla, culpa del sheriff”.

“¿Y dónde esconderemos todo eso?”.

“Tengo un enorme trastero que sé que está casi vacío, el propietario falleció y no tiene familia, nadie lo puede reclamar, por ley nadie puede pedir que se abra hasta que dentro de cinco años caduque el plazo del alquiler y se subaste, allí colocaremos

lo vuestro, en teoría yo no sé lo que hay ni puedo abrirlo, ni nadie me puede pedir que lo haga, así que aunque el sheriff llegara a sospechar que tenemos algo que ver con la desaparición se fastidiaría sin poder hacer nada”.

Así lo hicieron, al día siguiente interpusieron denuncia contra saqueadores desconocidos culpando indirectamente al sheriff por haberles obligado a dejar su propiedad abandonada y sin vigilancia.

Un par de días después el sheriff se acercaba por el almacén saludando amigablemente: “Hola Morgan, ¿Qué tal va el negocio?”.

“Ni bien ni mal, aquí no hay muchas novedades”.

“¿No escucharías nada el otro día cuando saquearon el local de las chicas?”.

“Está demasiado lejos para oírlo, además bastante tengo con cuidar de mi propiedad”.

“Pero es un caso raro, por aquí no suelen suceder estas cosas”.

“Si, pero las noticias vuelan, y un local lleno de botellas de licor es tentador para los profesionales, ahora ya estarás satisfecho, aunque ganaran el juicio no podrían volver a reabrirlo”.

“¿Ganar el juicio... que no conoces al juez del condado?”.

“Nunca se sabe”.

“En fin, bueno por lo menos puedes invitar a una cerveza a un amigo”.

“Sheriff... Tú sabías que aquello era mi segunda casa, allí tenía un plato de comida caliente y gente con quien hablar, también era un refugio para muchos agricultores después de una dura jornada, pero cediste a las presiones del pastor y sus santurronas hipócritas sin que te importáramos un pimiento, además todos sabemos que allí no había puterío, eran alegres y divertidas pero nada más, por lo tanto aquí ya no eres bienvenido, ves a tomar la cerveza con el reverendo”.

“Morgan, no te pongas así, ya sabes que yo debo escuchar a todos los ciudadanos”.

“Pues a mí no me escuchaste ni me preguntaste, es más, te voy a profetizar algo, sé que lo has hecho porque se acercan las elecciones, pero las beatorras no van a votar y los agricultores y granjeros sí, no te extrañe si el resultado te da una mala sorpresa”.

Aquella tarde Morgan habló con las chicas y les dijo sin tapujos: “Por lo menos hemos recuperado lo que se ha podido, pero ahí guardado no sirve de nada, ¿Qué pensáis hacer?”.

“Con toda sinceridad, no tenemos ninguna licenciatura en económicas, sólo podemos trabajar de camareras o en una fábrica, pero con eso nunca podremos ahorrar un dólar otra opción es volver a la gran ciudad a nuestra antigua profesión de putas hasta conseguir lo suficiente para volver a montar un negocio en otra región que no sean tan carcas”.

“¿Realmente es lo que queréis hacer?”.

“En absoluto, es penoso, arriesgado, hay mucha mafia, estábamos felices de haber salido de aquel mundillo sórdido y aquí nos encontrábamos a gusto, los hombres son sencillos pero buena gente y nos trataban bien, si alguno bebía más de la cuenta y se propasaba había otros cuatro que le paraban los pies, y luego casi siempre él mismo volvía al día siguiente a disculparse”.

“Muy bien, queréis hacer de putas otra vez, ¿Y por qué no montáis vuestro propio club?”.

“Estás loco, ¿Tú sabes lo que cuesta eso en la ciudad?”.

“No estoy hablando de la ciudad, sino aquí, os han acusado de ser putas y pervertir a sus maridos, pues lo seréis de verdad”.

“Ja, ja, que risa, nos han cerrado un simple bar y nos dejarán montar un club”.

“Acompañarme que os mostraré un secreto”.

Llegaron a una enorme nave que no se utilizaba desde hacía tiempo, allí había diversa maquinaria, Morgan encendió la luz y dijo: “¿Que os parece?”.

“Para convertir esto en un club haría falta un milagro”.

“Es que no haríamos aquí el club, esto era un centro de embalaje y envasado que no funcionó muy bien, porque aquí la gente se envasa ellos mismos sus cosas, pensaba reabrirlo y contrataros de trabajadoras”.

“¿Nos ves envasando verduras?, además si en su día no funcionó ¿Por qué iba a funcionar ahora?”.

“Acompañarme al montacargas que lleva al altillo donde está la oficina”.

Morgan pulsó el botón de subida, al mismo tiempo que el de bajada y el de paro de emergencia y para asombro de las chicas el ascensor descendió por un pozo vertical en lugar de subir, para finalmente detenerse ante una enorme puerta blindada, al abrirla les dijo triunfante: ¿Quién iba a imaginar que en un lugar como este en que sobra el espacio alguien se molestaría en construir un sótano profundo?”.

“¿Y qué demonios era?”.

“No he llegado a saberlo, mi tío murió sin explicármelo y yo lo descubrí por casualidad, tal vez refugio antiatómico o centro de producción y almacenamiento de droga, o ambas cosas, está totalmente insonorizado, aunque armáramos una fiesta brutal nadie podría oírlo arriba, está bien iluminado, tiene sistema de ventilación y las paredes son lisas como de laboratorio, pero eso lo arreglaríamos fácilmente”.

“Pero si falla el ascensor nos quedamos atrapadas como ratas”.

“Nada de eso, acompañarme al fondo, esta puertecilla es la salida de emergencia que va a parar a esa estrecha escalerilla de caracol que sube justo hasta los lavabos, hay un plato de ducha que se corre y estás en el exterior, además por si no os habéis fijado, el montacargas está construido de tal manera que desde fuera no se puede ver si sube o si baja, si viene del altillo, como sería lo normal, o del sótano”.

“Ósea que nos propones montar un supuesto centro de embalaje arriba y nuestro club de putas abajo, pero si tenemos éxito se acabará sabiendo”.

“Aquí está la cuestión, no habrá publicidad ni podrá venir cualquiera, sólo tendremos socios de confianza, la mayoría serán los que venían al bar y ya se guardarán muy bien de revelar el secreto, además la idea no es que vengan a echar un polvo, sino más bien a beber una cerveza a escuchar música, a reír y fumar sin que nadie les recrimine, un lugar donde decir palabrotas y obscenidades y donde si le tocan el culo a la camarera no pase nada porque todos serán amigos, como una gran familia”.

“Pero la tapadera de centro de embalaje no funcionará, ¿De qué se supondrá que vivimos?”.

“Ahí está la gracia, que si funcionará, aunque modestamente porque los socios del club se las tendrán que apañar para montar sus coartadas y buscar cosas que embalar, empaquetar o envasar”.

“Joder, que astuto”.

“Aquí sólo y aburrido hay mucho tiempo para pensar, siempre he estado calibrando que demonios podría hacer con esta nave tan especial y cuando ese cabrón os ha cerrado el negocio he madurado la idea”.

“Si, pero el acabar de montar esto costará un dinero”.

“Bueno... Yo tengo unas ganancias que no puedo ingresar en el banco, este será un buen lugar donde invertirlas, lo decoraremos principalmente con todo lo que teníais en el bar más algunas cosas especiales que hay en trasteros a punto de expirar y que cuando reventemos los candados en presencia de los subasteros... ya no estarán”.

“Eso quiere decir que tú...”.

“Que eso de que el cliente pone su candado y nadie sabe lo que hay dentro es un mito, soy un cerrajero experto, ¿Por qué piensas que abrí los candados del sheriff tan fácilmente?, yo controlo lo que meten dentro y antes de la subasta saco lo que me interesa, nunca he robado nada a nadie, sólo les quito cosas a los buitres de los subasteros”.

“¿Y nunca te han pillado con las manos en la masa?”.

“Para eso está ese enorme letrero diciendo que sólo se garantiza atención al público mediante cita telefónica previa, si tengo cerrado nadie sabe si estoy dentro o no, ni qué demonios estoy haciendo, el centro de embalaje funcionará igual, cita previa, no garantizamos la atención al público que llegue de improviso”.

Morgan solicitó la licencia para reabrir el centro de embalaje y envasado, en el Ayuntamiento le dijeron con un cierto paternalismo: “Te vas a complicar la vida, si eso no funcionó en su día ¿Por qué crees que funcionará ahora?”.

“Bueno... a veces a los negocios que no marchan les das un enfoque nuevo y ya está, además mi vida últimamente era un poco aburrida y si encima puedo dar trabajo a unos cuantos jóvenes... Pues mejor”.

Cuando se vio la causa ante el juez éste dio la razón al sheriff como ya era de esperar, pero en vista del perjuicio producido, principalmente por el saqueo, permitió que las chicas vendieran la propiedad, aunque en su estado y situación no sería fácil.

Para sorpresa de todos, el comprador se presentó al cabo de poco tiempo, era un club de moteros que deseaban un lugar accesible pero apartado de toda población en un cruce de carreteras, Morgan les dijo que era el comprador perfecto porque sería el foco de atención de unos y otros, con lo cual ellos pasarían desapercibidos. Además, si son todo hombres, las santurronas no se podrán meter con el tema de la prostitución.

Sin embargo, con el tiempo se supo que era un club de “osos”, un tipo de moteros que a pesar de sus largas barbas y su aspecto rudo son gays, por tanto aquella propiedad pasó a ser lo que las santurronas temían, un lugar de libertinaje y perversión que sin embargo nadie podía probar que lo fuera ya que su ambiente era muy cerrado.

Además, el antiguo sheriff perdió las elecciones, tal como Morgan vaticinó y el nuevo no estaba por escuchar a las beatas, su lema era: “Mientras no se infrinja la ley... Que cada uno haga lo que quiera”.

Para poner en marcha el almacén de embalaje y envasado y dejar a punto su maquinaria Morgan contrató gente, pero cuando los operarios marchaban, él y las chicas hacían jornadas maratónicas para dejar a punto el sótano.

Ya puestos a delinquir montaron mesas de juego y máquinas tragaperras. que en aquel estado conservador estaban completamente prohibidas, obsequio de algunos de los trasteros subastados que también suministraron cuadros y estatuas eróticas, sillones de terciopelo rojo, lámparas veladas, todo lo que la gente no se atrevía a guardar en casa lo almacenaba en un trastero sin osar explicar a sus descendientes el escondrijo de sus tesoros para no ser tachados de libidinosos.

Cuando todo estuvo a punto, Morgan invitó a un grupo de granjeros y agricultores de su más estricta confianza para mostrarles su nuevo centro de embalaje. Aunque ellos pensarán que no era una idea genial acudieron simplemente por amistad.

Morgan les dio un discurso de bienvenida diciendo: “Amigos, hoy os voy a mostrar un gran secreto, pero antes os voy a pedir dos juramentos, Uno: que nunca lo comentaremos con nadie de fuera del grupo, Dos: que si alguien se va del pico los otros le romperemos los huesos de una paliza... ¿Juramos?”.

“Joder... que tétrico te has puesto, venga, lo juramos que estoy impaciente por ver los misterios que nos vas a enseñar”.

El grupillo se dirigió al montacargas y la primera sorpresa fue al darse cuenta de que bajaba: “Hostia, no sabíamos que aquí hubiera una instalación bajo tierra”.

“Hay muchas cosas que no sabéis”.

Al llegar, cuando Morgan abrió la puerta blindada fue como si les hubiera dado paso al cielo y el infierno al mismo tiempo, no sabían dónde mirar, la decoración lujuriosa, la chica en tanga que bailaba insinuante en la barra americana, las estanterías atestadas de licores, las mesas de juego, la otra chica con minifalda y escote de vértigo que acababa de hacer saltar el tapón de una botella de champagne francés obsequio de uno de los trasteros subastados, todo acompañado de una música provocativa.

Allí se oyeron toda clase de exclamaciones: “Hostia puta, el Dios que te parió, pellizcarme los huevos que seguro que esto es un sueño”.

Allí bebieron, rieron, bromearon con las chicas e hicieron planes, aunque Morgan los tenía ya bastante estudiados: “Esto es un club privado al que sólo se ingresará por la recomendación de cinco socios más uno de los fundadores, ósea nosotros, todos harán el mismo juramento, callar y romper los huesos al que hable”.

Uno de los más listos añadió: “Yo veo un inconveniente, el centro de embalaje es la tapadera, ya nos las apañaremos para traer cosas para envasar, pero... ¿Cómo se justifica que estemos una docena de tíos esperando que nos envasen algo?, será sospechoso”.

“Tienes razón, pero está previsto, por eso fundaremos la asociación para la mejora de los recursos en la agricultura y la ganadería. Encima del almacén hay un altillo tan grande como él mismo, allí he montado sala de reuniones, despacho, estanterías con todos los libros e incluso maquetas y planos de todo lo referente a cuestiones agrícolas, estaremos en contacto con empresas de maquinaria para que nos manden información sobre las novedades, y hasta incluso podéis sacar algo positivo de todo ello”.

“Es una idea genial, pero ¿Y si quiere apuntarse alguien que no es de confianza?”.

“En principio el precio y las condiciones le harán desistir, si no sabes todo lo que en realidad ofrecemos las cuotas pueden parecer muy caras solo por estar informado de algunos avances tecnológicos y poder reunirse para hablar de ellos, además nuestros estatutos dirán que no se permite solicitar al tesorero el destino de los fondos para no entorpecer su labor, y si todo falla... Pues le denegamos la inscripción y que se joda”.

“Y si está asociado, pero sin enterarse de lo del sótano, le montamos por turnos alguna reunión de lo más aburrido y listo”.

“Buena idea”.

La asociación funcionó de maravilla, en poco tiempo llegaron a ser un centenar y su verdadera finalidad se guardaba con el mayor hermetismo, cada uno de ellos sabía que había otros noventa y nueve dispuestos a darle una paliza de muerte si hablaba.

Las mujeres seguían quejándose de que ahora que no había taberna los maridos se pasaban mucho tiempo en aquella asociación y que en las reuniones seguro que se bebía algo más que agua por el olor que hacían al llegar a casa, pero como todo era para la mejora del rendimiento de las explotaciones ganaderas y agrícolas... Tenían que acabar callando.

Pero al reverendo le molestaba que en lugar de haber tenido que abandonar la población las dos camareras, que nunca acudían a los oficios de su iglesia ahora estuvieran trabajando en aquel almacén donde iban tantos hombres, finalmente reunió algunas firmas y testimonios falsos y forzó al nuevo sheriff a que hiciera una inspección sorpresa.

El sheriff era un hombre honesto y la organizó correctamente, lo que no sabía es que uno de sus ayudantes era socio secreto del club y telefoneó a Morgan para explicarle el plan.

El día señalado, el sheriff y tres ayudantes, acompañados por un notario se presentaron por sorpresa, le pareció un buen momento porque había una docena de camionetas en el aparcamiento.

Al entrar escuchó el ruido de las máquinas embaladoras y vio a las dos muchachas con botas de caucho monos de trabajo hasta el cuello y gorros para recoger el cabello que trabajaban sudorosas con el rostro tiznado por alguna mancha diversa, al preguntar por el resto de la gente le dijeron sin hacerle demasiado caso: “Ahí tiene el montacargas jefe, disculpe que no le acompañemos, pero tenemos mucho trabajo, no puede perderse, solo hay un piso”.

Cuando subieron encontraron a los hombres reunidos alrededor de la enorme mesa con planos, folletos y maquetas de maquinaria agrícola, también había cigarrillos y vasos conteniendo cerveza y whisky, al verle Morgan le preguntó con cierto cinismo: “Hola sheriff, ¿Interesado por la agricultura?”.

“No me lo toméis en cuenta chicos, cumplo con mi obligación al realizar esta inspección”.

“Pues inspeccione lo que quiera, aunque en realidad está todo a la vista solo hay este piso de arriba y el almacén, sin cámaras secretas, y en cuanto al tabaco y el alcohol... Estamos en una asociación privada sin acceso a menores así que tenemos todo el derecho”.

“Lo sé Morgan, lo sé, y tranquilo que alguien se llevará una buena reprimenda, seguir con lo vuestro que ya nos marchamos”.

Al día siguiente el sheriff hizo que un coche patrulla fuera a buscar al pastor y las tres personas que habían presentado los testimonios, la gente del pueblo se sorprendió de que se los llevaran aparentemente detenidos.

Al llegar a su despacho les hizo callar y sentarse en silencio para acabar diciéndoles con cara de pocos amigos: “Aquí nadie está por encima de la ley, ni que sea pastor ni aunque fuera obispo, las denuncias falsas son un delito castigado por la justicia, e interrumpen la verdadera función de la policía que mientras está cazando fantasmas no está en su sitio persiguiendo a los verdaderos delincuentes, además... Mentir es un pecado mortal ¿Verdad reverendo?”.

“Bueno yo... me habían asegurado”.

“Usted lo que tiene es una obsesión enfermiza por esas dos pobres muchachas que sólo aspiran a ganarse la vida honestamente, consiguió engatusar al anterior sheriff y ahora me ha hecho quedar en ridículo a mí, pero se lo advierto muy seriamente, una insinuación más, otra difamación o algo parecido... y se verá entre rejas por muy pastor que sea”.

El grupo de los cien, como ahora se auto nominaban, no se quedó de brazos cruzados y contraatacó montando por turnos una discreta vigilancia hasta que vieron que un día el pastor se dirigía a la ciudad más cercana vestido de civil, le siguieron de lejos y

comprobaron que se internaba en callejones poco recomendables para entrar en un comercio de dudosa catadura.

Cuando hubo marchado, su perseguidor entró a su vez, puso un billete de veinte dólares en el tablero y le dijo al dependiente: “Mi amigo me quiere dar una sorpresa extraña, esto para ti si me dices lo que ha comprado”.

Al salir del comercio no podía reprimir una sonrisa de oreja a oreja.

Aquella noche tres embozados exmilitares de la guerra de Vietnam atravesaron sigilosamente el jardín del pastor, mientras otros “comandos” paseaban a sus perros casualmente por los alrededores con la misión de saludar y entretener a cualquiera que inoportunamente se dirigiera hacia el lugar de la acción.

Atisbaron por una de las rendijas que dejaba la persiana cerrada y cuando lo creyeron oportuno desbloquearon la cerradura mediante ganzúas sin producir ruido alguno para de inmediato abrir la puerta de golpe.

Varios flashes de cámaras fotográficas dejaron anonadado al reverendo, cuando quiso darse cuenta la puerta volvía a estar cerrada y sólo se oía el ronroneo de un par de motos que se alejaban.

El asalto no dejó ninguna prueba física, ni tampoco lo denunció, se limitó a preparar su equipaje y marcharse muy temprano enviando una carta de renuncia al obispo.

Al día siguiente muchas manos anónimas dejaban sobres sin remitente en los buzones de la población conteniendo una nota escueta: “Este es vuestro pastor”.

Acompañaban la nota tres fotos del asombrado reverendo vestido con correas de cuero, un vibrador metido por el ano y otro aplicado en el pene enhiesto manchando de esperma las revistas pornográficas que yacían por el suelo, fue un verdadero escándalo.

El siguiente pastor que llegó a la congregación era un exmisionero que había visto de todo y en pocos días desmontó las ideas absurdas de su colega.

Pero una vez puestas en marcha ciertas cosas ya no hay vuelta atrás, aunque las circunstancias cambien.

El discurso del nuevo pastor hablando de amor, cariño y comprensión junto con el descrédito de su antecesor hicieron que muchas mujeres modificaran sus hábitos con respecto a sus maridos y que fueran más tolerantes en muchos aspectos, ellos lo aceptaron de buen grado, pero no renunciaron a su club, las chicas tuvieron que contratar un par de ayudantas, aunque ellas mantenían el control.

Un día las chicas le comentaron a Morgan: “¿Mañana por la noche podrías cenar con nosotras?”.

“Que tontería, casi todas las noches ceno con vosotras”.

“Si, pero esta es una cena de celebración especial y tenemos un regalo para ti, así que arréglate y ponte guapo para la ocasión”.

“No tenéis porque regalarme nada chicas”.

“Estamos en deuda contigo, nos sacaste del pozo, a saber sino donde andaríamos ahora”.

“Si, pero también salí ganando yo, sino es por el proyecto estaría aquí más solo y asqueado que un mochuelo, así que no gastéis vuestro dinero”.

“No nos chafes la idea, además en esto hemos puesto más ilusión que dinero”.

“Si es así de acuerdo”.

La noche siguiente llegaba Morgan a la casita de las chicas duchado, trajeado, perfumado, con un ramo de flores y una botella de champagne muy fría, ellas se habían vestido elegantísimas para la ocasión y la cena no hubiera desmerecido en un restaurante de cinco tenedores.

Al acabar una de ellas, Susy se excusó diciendo que iba a preparar el regalo, Mary se quedó hablando con él y así de sopetón le dijo: “¿Si te tuvieras que casar con una de las dos cual escogerías?”.

“Uff, que pregunta, pues ninguna, sois demasiado jóvenes para mí”.

“No tanto, no tenemos edad para ser tus hijas”.

“Bueno... Tal vez no, posiblemente es la forma en que yo os veo, o que después de lo de Vietnam y mi divorcio ya me parece ser una especie de dinosaurio curtido que está de vuelta de todo, y en comparación vosotras sois unas crías”.

“No te equivoques, ¿Te piensas que en la ciudad nos regalaron el dinero?, tuvimos que tragarnos muchos sapos y a nuestra manera también estamos curtidas, pero no estás respondiendo a mi pregunta: Si obligatoriamente te tuvieras que casar con una, ¿Cuál sería?”.

“Un caballero no puede responder a esa pregunta, porque escoger a una sería despreciar a la otra y las dos sois encantadoras y me gustáis mucho...”.

“¡Coño, Morgan!, Susy te gusta más porque no somos tontas y te lo notamos”.

“¡Joder!, esto es un tercer grado, vale, sí, me gusta mucho, tú también, pero te veo más niña, ella es más mujerona, ¿Estás contenta?”.

“No te enfades tonto, que no te lo he preguntado con mala intención, pero subamos que Susy ya debe tener preparado el regalo”.

“¿Y no lo puede bajar y lo abrimos aquí?”.

“No, es una sorpresa, vamos”.

Al llegar a la habitación Mary le hizo pasar delante y cerró la puerta detrás de él, allí estaba Susy semidesnuda tumbada en la cama iluminada con una luz tenue, al verle le sonrió dulcemente y le dijo: “Ven Morgan, yo soy tu regalo”.

“Pero cariño... Yo no debo permitir que me hagas el amor sólo por agradecimiento”.

“¿Solo agradecimiento?, ¿Crees que no me gustas?, aparte de que eres todo un tiarrón lo importante es que eres bueno, dulce, nos tratas como a princesas, nunca nos has mencionado nuestra antigua profesión, ¿Qué más puede desear una mujer?”.

“Pero... es que yo no sé si debo...”.

“Ah, es eso, tú no puedes amar a una mujer que ha estado con otros hombres o que se exhibe en tanga bailando en la barra”.

“¡No mi cielo!, eso es una idiotez, es casi lo contrario que estoy acostumbrado a verte desde el prisma del respeto”.

“Pues deja de respetarme y ven aquí so cabrón, que al final voy a pensar que en Vietnam te volviste marica y te gustan más los osos esos del tugurio”.

“Ya puedes apostar tu vida a que no”.

“Pues ropita fuera y conmigo”.

Mientras, abajo en el comedor Mary les decía a los tres perros: “Vosotros, aunque oigáis algún ruido arriba... Aquí conmigo calladitos y a ver la tele, si sois buenos os dejaré subir al sofá”.

No supo si habían entendido las palabras o el gesto, pero en tres segundos estaban en el sofá con ella.

A partir de entonces Susy dejó que las dos chicas nuevas hicieran el trabajo de bailoteo y ella se dedicó más a controlar el negocio, cuando supo que estaba embarazada ella y Morgan se casaron.

Más adelante un muchacho que se había quedado solterón por tímido, apocado y demasiado buenazo, casi temblando le llevó un ramo de flores a Mary y se lo dio sin atreverse a decir nada más, ella lo miró, le sonrió y le dijo: “¿Esto quiere decir que te gusta?”.

El chico quería hablar, pero no le salían las palabras y al final se echó a llorar, Mary le cogió de la mano y le dijo: “Ven a mi casa, allí tengo una medicina que seguro que te cura, pero habrá que darte tratamiento de larga duración”.

Pasado un tiempo todos convinieron en que aquel chico había experimentado un cambio muy importante, no parecía el mismo, era alegre decidido muy bromista, se atrevía a hablar con las mujeres y como era heredero de una rica propiedad... Más de una le echó el ojo, él sonreía y pensaba: “Ahora os jodéis zorras, Mary es para mí la única mujer”.

Pasados unos meses Mary dejó el centro de embalaje y lo demás para irse a vivir con su novio y ayudarle en el negocio, como chica lista que era hizo que aún le funcionara mejor que antes.

En la asociación de ganaderos y agricultores lo que comenzó siendo sólo una tapadera acabó funcionando de verdad porque se dieron cuenta que unidos podían lograr muchas cosas que por sí solos hubiera sido imposible.

Consiguieron crear una plataforma que comercializaba directamente sus productos eliminando intermediarios y también mejores precios para las mercancías que necesitaban, porque no es lo mismo comprar una tonelada de abono que cien.

Finalmente la desvincularon del club y admitieron en ella sin reservas a quien quisiera entrar.

En cuanto al club... Se acabó convirtiendo en una de las sociedades secretas más importantes e influyentes desde la sombra de todo el Medio Oeste, aún ahora la siguen dirigiendo los hijos de Morgan.

FIN...